

Crónica II: *¹

Las elecciones de ayuntamiento- Terremoto y tempestad en el parlamento. –Se retiran las iniciativas sobre contribuciones. – La Ordenanza de aduanas. – Concha. – La amnistía en el baile.

La agitación y trabajos de los círculos que han querido constituirse el año entrante en ayuntamiento, y de esto sabe Dios y D. Sebastián lo que acontecerá, y será, no lo que tase un sastrero, sino lo que tase el ministerio, se suspendieron por un terremoto y una tempestad parlamentaria con motivo de las leyes sobre contribuciones. El terremoto en definitiva no hizo ni la más leve cuarteadura en el sólido edificio del curato, y la tempestad apenas arrancó una que otra plantita insignificante del hermoso y siempre fértil jardín de los hijos del cura. La *Constitución* dice que el ministerio fue completamente derrotado, y el *Diario* asegura oficialmente que se obtuvo una espléndida victoria: de modo que ha sucedido lo mismo que cuando dos ejércitos después de estar al frente y amenazarse mutuamente con una horrible destrucción, se retiran de noche, y cada uno va á tocar las campanas y á cantar el *Te-Deum* en el pueblo mas inmediato. Nuestro bueno y nunca olvidado tío Patiño, cuando con sus enormes barbas y su dura fisonomía, de gallego, se ponía frente a un espejo, se retiraba después diciendo: «*me tengo miedo a mí mismo*». Así le sucede al congreso á pesar de sus barbas espesas que representan todas las barbas respetables del pueblo mexicano; y á pesar de la dura y terrible fisonomía que suele poner en ciertos negocios: cuando se mira frente al espejo del gobierno se retira diciendo: *me tengo miedo a mí mismo*, y todo acaba y ha de acabar de esta manera. El Sr. Montes ha hecho discursos verdaderamente romanos, y frente á frente con el poder le intimó, como quien dice, la rendición; pero D. Sebastian contestó sencillamente que todo ello no era más que una hipérbole. Llegó Mandiolea con la gruesa artillería y prendiendo fuego á todos los cañones, creyó que era llegado el día de demoler completamente la fortificación del ministerio de hacienda. El Sr. Romero con la misma sencillez contestó que si era el castellano que defendía la fortaleza financiera, no era ni por su gusto, ni por su propia elección. La lumbre en efecto no se apaga con mas lumbre, sino con agua fría, y no hay cosa mas propia para desconcertar á un entusiasta orador, como oponerle una calma imperturbable. El resultado definitivo de esta rápida y pasajera tempesta, fué que se retiraran las iniciativas de contribuciones, y que al ménos por ahora, no se proceda ni á la impresión de nuevas boletas, ni á grabar timbres con la efigie de Hidalgo, ni á liquidar en los Estados á razón de 33 p la contribución federal. Este es un bien positivo para los pueblos, y es menester en estas reconocer las ventajas del sistema parlamentario y los beneficios de la libertad de imprenta, y así como señalamos los males y las ficciones, debemos también señalar los bienes y los resultados, y nuestra incredulidad nunca llegaría á desconocer los hechos prácticos, porque precisamente de esta clase de pruebas buscamos en los asuntos importantes de las sociedades humanas.

A las notable sesiones cuyos pormenores constan en nuestra crónica parlamentaria ha seguido en la cámara el asunto de la reforma de la Ordenanza de aduanas. La cuestión de puertos de depósito es la que parece domina á todos y ya el Sr. Martínez de la Torre se anticipó á pronunciar un bello discurso que nos llamó la atención, aun cuando no estamos conforme en muchos puntos, porque nos llama la atención toda obra donde se reconoce la reflexión y el estudio. La idea de la cámara es dar á la comisión unas bases, y extendido dentro de esos mismos límites el dictamen, entrar otra vez en la cuestión general y particular del arancel. Mientras más luz y discusión haya en este importante negocio, es más probable el acierto; pero se nos figura

¹ Manuel Payno, "Crónica II.", *El Siglo Diez y Nueve*, año xxvi, t. vii, núm. 349, (15 de diciembre de 1869): p. 1.

que este medio raro, extraño, y quizá contrario al reglamento. Si el congreso de bases para la discusión de los aranceles, debía en todo negocio darles también á las comisiones, y en ese caso quedaba encerrada la opinión y la conciencia de los individuos que las componen en un círculo de que no podrían salir. Esto limitaría no solo la libertad parlamentaria, sino también la libertad individual que tiene cada diputado para opinar como le agrada en el asunto que se somete á su exámen. A la cámara toca aprobar ó desechar esa opinión. Sea de esto lo que fuere, nosotros creemos que el congreso debe abordar franca y resueltamente la cuestión, por difícil que parezca, porque en esto además de cumplir con sus deberes constitucionales, hace un bien á la nación ocupándose minuciosamente de los intereses de su comercio y de su industria. Desearíamos también que los ilustrados paródicos de los Estados y de la capital, se ocuparan de esta cuestión, y que de todo lo que se escribía y de toda la discusión de la cámara, se formase una colección que serviría siempre de texto y de doctrina para la práctica de la nueva Ordenanza que en definitiva haya regir. Dejemos ya al congreso y á las tarifas, pues nos hemos, contra nuestro propósito, metido en cosas serias y excesivamente fastidiosas y desagradables.

Una mañana fría, limpia y hermosa de nuestros inviernos, nos despierta de un sueño tranquilo en el dulce calor de nuestro lecho una música estrepitosa, el ruido de cohetes y petardos, y las voces ingénuas y alegres de los muchachos del pueblo. Algunas horas despues toda la casa está en movimiento: los criados entran y salen, la recamarera se apresura á limpiar los muebles, el portero riega la calle y el patio, los canarios de la pajarera vuelan zelosos y revuelven el alpiste con una grande actividad, la cocinera llega del mercado con un canasto enorme coronado de verdes lechugas, de blancas coliflores y de gruesos espárragos. Una especie de sílfide envuelta en unos pliegues aéreos y que toman diversas formas con el soplo del viento suave de la mañana y cubierta con un chal de cachemira que solo deja ver un par de ojos negros y un poco de la hojilla de rosa de las mejillas, se desliza por entre las vidrieras, sale al corredor, baja rápida las escaleras y se dirigió á la iglesia mas cercana. Es Concha, que va á misa. Cuando vuelve, encuentra un vistoso trage de gros, un relicario, un peinado, una mantela, un reloj de esmalte y de oro, quién sabe cuántas cosas mas, que le ha destinado el amor de una madre, el cariño de un padre, la ternura de sus hermanos, ó la amistad de sus amiguitas del colegio. Quizá entre todo esto busca un ramillete que no encuentra y un imperceptible y misterioso papelito perfumado que tampoco descubren los ojos. En el resto del día, un criado llega con un platon de huevos reales, adornado con piñones y flores de liston, otro con una charola de peras aprensadas, otro con una fuente de blanco turrón salpicado con roja gragea, otro con una jaletina color de ópalo, otro con un canastillo de dulces, otro y otros muchos con tarjetas y con el suspirado ramillete y el misterioso billetito: «Muchos años tan felices como este, vida mia.»

Concha sale de su tocador como un sílfide; por todas partes gasa, y seda, y flores, y encajes, realizando el lustre de sus negras trenzas, á la luz de sus bellos ojos, y la sonrisa de sus lábios ingénuos y colorados.

Concha recibe á sus amigas y á sus adoradores, y se come en la casa opíparamente, y se toca el piano, y se platica alegre é insustancialmente, y se rie y se canta; y mientras unos se asoman al balcón, otros se entretienen en llenar de elogios á Concha y á sus hermosas compañeras. Y el papá con sus largo saco de paño oscuro, y la mamá gruesa y redonda, con su vestido de seda y sus alhajas en todas partes donde se pueden prender y colgar, están como encantados en el día del santo de la hija que ha crecido hermosa, cándida, sincera, llena de la bondad y de la tierna religión de familia que caracteriza á nuestras amables mexicanas.

¡Cuando Concha se case! Dicen suspirando los dos buenos viejos y bajan tristemente la cabeza; pero en esto las luces se han encendido, los músicos han llegado, los refrescos y pastelitos comienzan, como si nadie hubiese comido, y el baile, que no habia intención de hacer, comienza también de hecho, y Concha y sus amigas, arrebatadas en brazos de la juventud, abonada grátis,

á todas estas festividades de familia, pasan entretenidas y casi extasiadas las horas de la noche. ¡¡Quién no ha tenido ó no tiene en algún dia del año un Concha querida!!

El día de las Conchas ha sido solemne en México. Luces y cortinajes blancos y azules en muchos balcones, salvas, cohetería, reuniones y arengas religiosas, funciones en las iglesias, Semanario Católico extraordinario, todo cuanto ha sido posible para solemnizar la festividad religiosa y la inauguración del concilio. Bien, muy bien! Nosotros elogiamos la tolerancia del gobierno y especialmente del gobernador del Distrito, permitiendo estos regocijos autorizados por nuestras leyes constitucionales, puesto que todo el mundo tiene derecho de reunirse para objetos lícitos. La verdadera libertad se reasume en dejar *á cada uno que haga lo que no dañe á otro*. Que se reunan los masones en su templo á formar sus planchas y á circular el saco de los pobres; que se reunan los alemanes en su club á cantar y los españoles en su casino á bailar; que se junten los fervientes católicos á celebrar á Pío IX y la Pureza de la Virgen; que cada cual hable y escriba lo que le agrade; que dentro del hogar doméstico se baile ó se cante; que se aplauda ó se silbe en los teatros y galerías del congreso; que cada quien obre como mejor le agrade; en una palabra, que haya una positiva libertad de acción y de pensamiento, tal es nuestro programa, sin mas límite que el que hemos apuntado arriba y el que prescribe la educación. Por ahora, consignamos todo esto relativo á las costumbres que van ya desapareciendo, y á las festividades anuales, porque redundan en honor del partido liberal, que va ya practicando las verdaderas ideas de benevolencia y de tolerancia con todas las opiniones, con todas las creencias y con todas las costumbres.

Del sermón tenemos que pasar al baile y comenzaremos por preguntar como nuestro amigo Zamacois: ¿Han visto vdes. el Teatro Nacional? A los que lo han visto, nada les diremos; pero si dos palabras á los que no hayan venido á la capital.

El gran teatro, de ordinario es como una bella matrona que se acaba de levantar, súcia, desaseada, con el cabello en desorden y con unas pantuflas raidas y negruzcas; pero cuando se pone un par de horas al tocador, se lava la cara, se adorna con sus galas de seda, se pone los collares de piedras, se arregla su peinado y se pone calzado nuevo, entónces es de una belleza sorprendente. Macetones de flores, espejos, fuentes de mármol, alfombras, cortinajes de gasa tricolor, candiles de almendras de cristal, y todo esto con mucha luz, daba al edificio un aspecto magnifico, y el patio unido con el foro, formando un gran salón en cuyo fondo estaba una orquesta magnífica dirigida por el maestro Morales, presentaba un panorama que, animado con las lindas figuras de las señoritas mexicanas, heria la imaginacion aun del hombre mas desprendido de las galas y pompas de este mundo.

La concurrencia fue numerosa, la cena opípara y abundante, y tenemos documentos oficiales para probar que sobraron cien pollos y algunas docenas de jamones. El nombre y honor de Omarini quedaron bien puestos.

Se bailó toda la noche, y la mas grande armonía y el mas perfecto órden reinó en el salón. Una señorita sufrió un accidente nervioso, y uno de nuestros célebres astrónomos perdió su sombrero y tuvo que irse á su casa coronado por las constelaciones que comenzaban a desaparecer con la luz solar. Tales fueron los incidentes mas notables del baile dado en honor del Sr. Seward.

Cada uno ve las cosas á su modo, y es curioso observar el distinto juicio que formamos los hombres de una misma cosa.

Suponemos que se gastaron 16 ó 20 mil pesos en el baile. ¿Si no se hubiese dado el baile, habría por esto desaparecido la miseria del pueblo?

Pues á nosotros nos parece que la mieria del pueblo, en una péquena parte en verdad, no dejó de aliviarse, precisamente porque se dió el baile. Nabos, lechugas, huevos, pollos, manteca, pescados, jamones, conservas, vinos, licores, de todo esto hubo un expendio

extraordinario entre el comercio grande y pequeño. Además, los trajes, los guantes, y los botones, y las cabelleras postizas, y los chalecos, y los fracs, y las corbatas blancas, y quién sabe cuánto más que consumieron los concurrentes. Circuló, pues, dinero entre las costureras, entre las modistas, entre los peluqueros, entre los dueños de almacén. Y todo esto va sin contar que los muebleros, y los mozos, y los jardineros, y una porción de entrantes y salientes del pueblo, no dejaron de beber algunas botellas de Champaña y Sauterne, y de aprovecharse del sobrante de pollos, jamones y salchichones, anticipando así gratis su Noche Buena. Esto es algo siquiera, por lo menos no es un mal. ¿Quiere decir esto que cada jueves y domingo deba darse de cuenta del erario un sarao? De ninguna suerte: pero todos los gobiernos tienen que hacer por este ó por el otro motivo sus festividades, y el comer no ha arruinado á nadie.

No habiendo estado mas que un momento en el salón, y siendo por otra parte poco instruidos en volantes, gasas, olanes y pufs, dejamos á la bien cortada pluma de otros escritores la descripción de los trajes de las damas, y pagando un tributo á su hermosura y á su buen gusto, pasamos á otro género de reflexiones.

El Sr. Lerdo, que convidó é hizo con una notable amabilidad los honores del salón, debe haber quedado muy contento y satisfecho. Todas las familias corresponden á su invitación; y en lo que rápidamente pudimos observar, el pasado imperio estaba enteramente fundido en la nueva república restaurada. La invitación del señor ministro de relaciones y la asistencia de ciertas personas significa para nosotros el olvido mas cabal y mas completo de todo lo pasado, por fatales que hayan sido los sucesos. El Sr. D. Sebastian, complaciente con todo el mundo en aquella que alguno podría decir *abigarrada* concurrencia, sonriendo y dejando caer aquí y allá palabras agradables, brazo á brazo con el sábio de Auburn, cuyo país ha dado ya el ejemplo del perdón, perdonando él mismo todos los días, rehabilitando y trayendo del destierro á los más prominentes personajes de la época pasada, no sabemos cómo, terminado este sarao oficial y que de hecho fue una verdadera amnistía para la sociedad entera, podrá volverse á poner su terrible careta de juez y continuará la proscripción oficial, cuando de hecho todo lo ha terminado ya el gobierno mismo con diversos y repetidos actos. ¿Contra quién caerá ya el peso de las leyes?

De veras que las víctimas que aún haya que inmolar serán de tal suerte insignificantes, que lástima daría que el único y feroz traidor inflexiblemente castigado, fuese Nabor, el sordo Nabor, el antiguo ordenanza del ministerio de hacienda. Si la cámara reflexiona bien en lo que ha pasado en el baile, y conoce á Nabor, decreta en un par de sesiones la suspirada y hasta ahora imposible amnistía.

Manuel Payno.